

Nuevos paradigmas en políticas de infancia, adolescencia y juventud

El paradigma de promoción y protección de derechos ha traído, en su implementación en nuestro país en general y en nuestra provincia en particular, algunos equívocos que conviene aclarar, para construir un paradigma situado en nuestra historia, nuestra geografía, y, fundamentalmente, en nuestra ideología y cosmovisión.

Básicamente, esto refiere a la **naturalización de la idea de sujeto y de la idea de pertenencia familiar y social**. Para quienes han podido construir su yo en entornos culturales estructurados, no puede imaginarse la “ausencia” de un yo estructurado y una familia. Los da por sentados o preexistentes.

¿Quiénes son nuestros pibes?

A veces parecen, en los despachos oficiales, unos perfectos desconocidos. Se diseñan políticas desde una “idea de pibe” que no son ellos, no son los nuestros. Esa distancia se observa, sobre todo, por la naturalización descrita, que parte de las siguientes premisas:

Los pibes son sujetos de derecho. Nuestros pibes, para ser sujetos, deben armarse desde los vínculos, y esto no siempre está garantizado. Los derechos no se cumplen cuando se trata al pibe como “objeto” de políticas, pero en los casos donde existe buena predisposición y se lo respeta como sujeto, estamos ante un sujeto debilitado.

Los pibes tienen familias y lugares dados. Se naturaliza que nuestra sociedad está compuesta por grupos familiares y barriales no fragmentados, con relaciones sanas y bien estructuradas.

Para ir hacia un paradigma situado, se tomarán estas dos premisas, y se desarrollarán conceptos que luego darán lugar a recomendaciones de políticas públicas.

Un camino hacia la condición de sujeto

En los núcleos familiares y en las instituciones sociales se construye el aparato psíquico del sujeto. El sujeto, a su vez, es el que crea y recrea las instituciones. Las Instituciones son formadoras de sujetos y los sujetos son formadores de Instituciones.

¿Cómo opera esta interdeterminación? Los sujetos interactúan en redes sociales: *“El hombre sólo existe en la sociedad y por la sociedad...”* (Castoriadis, 1981). Así, el sujeto comienza a estructurar su subjetividad en una comunidad de origen. La identidad primaria que allí se construye es reformulada por rupturas, duelos, deconstrucciones y construcciones posteriores. La identidad, organizadora de las experiencias del sujeto, continúa estructurándose en su pasaje por instituciones sociales: en ellas, las certezas originales se pierden, los huecos son llenados con preguntas, nuevas certezas, y opera la filiación simbólica a una comunidad de objetivos o destino. Esta comunidad -la sociedad- compensa la pérdida fundacional con la promesa de un lugar que está esperándolo al sujeto: su “lugar en el mundo”. Esta promesa da sentido a la filiación simbólica.

Esta constitución identitaria es dinámica: *“...las identidades son intentos de organización de las experiencias que no tienen garantía ni de permanecer ni de cambiar repentinamente. Son provisorias y son relacionales...”* (Caruso y Dussel, 1995). Pero, aún siendo provisoria, la identidad hace al individuo un ser capaz de “enfrentar al mundo”, de dialogar con él, vivir en él: la identidad lo convierte en un ser que tiene las claves de interpretación del mundo.

La comunidad de origen

Para respetar el primer derecho humano (el derecho a ser personas, a ser identidades únicas e irrepetibles, a ser sujetos de derecho) no puede naturalizarse como “dato de la realidad” la comunidad de origen. En ella, la función padre y la función madre, cumplidas por figuras que pueden o no estar unidas por lazos de cosanguinidad, generan la primera triangulación, la represión primaria de la pulsión que responde al amor materno a través de la ley del padre. Esta triangulación expresa la primer promesa de un futuro de compensaciones a partir de la realización de la persona en la comunidad de destino.

El escenario familiar clásico, con sus más y sus menos, con sus contradicciones y patologías, es el único que conocemos donde se producen estos fenómenos de estructuración del psiquismo. Poblado por sujetos que prodigan el primer amor e imponen la primera ley, este escenario permite al nuevo sujeto investirse de su narciso. La urdiembre del yo está en marcha cuando este escenario se traspone.

La identidad se moldea, entonces, en un escenario irreductible e irremplazable, imposible de reproducir luego en el sinnúmero de espacios sociales instituidos por los que el sujeto transita. Ni

siquiera la institución educativa, en la frontera entre la comunidad de origen y la comunidad de objetivos, participante de la estructuración subjetiva que aún se está operando, puede dar cuenta de este primer escenario. De hecho, es impropio pensar la institución educativa como la continuidad del espacio primario, como una “gran familia” sin la presencia de un objeto del conocimiento a admirar, discutir y aprehender para la participación en un proyecto social (G. Frigerio y M. Poggi: *Cara y Ceca*, 1995).

Y este escenario inicial en la vida de cada cachorro humano es lo que, en nuestro tiempo y espacio, no constituye un dato de la realidad, ni siquiera a partir de figuras sustitutas. En la sociedad latinoamericana, excluida de sí misma, de su historia, de su territorio, de la posibilidad de construir sus propios modelos familiares y sociales, hay menores y seres no reconocidos bajo ningún nombre que no encuentran los “enlaces” y “espejos” que los convertirán en sujetos niños. Los barrios del Conurbano, las villas de emergencia, los territorios de la Argentina profunda, carecen de las condiciones mínimas para la estructuración familiar. En las instituciones sociales, sus miembros serán los sujetos del fracaso escolar, de las adicciones y la inclinación a la violencia, y desde allí se los calificará: desde sus carencias (los adictos, los chicos de la calle, los delincuentes juveniles, las maras).

En un intento propio de los pueblos que se resguardan a sí mismos, los hermanos, alguna abuela, los vecinos, los militantes sociales y políticos, comprometen su tiempo para paliar la ausencia de afectos y caricias, pero la lucha por la vida se impone con sus urgencias.

En un no-lugar, no siempre se podrá comer. En muchísimos casos, el día de nacimiento de un chico no será recordado y el cumpleaños será una imposibilidad que lo acompañará toda la vida. El idioma será una actividad instrumental mínima, que jamás podrá utilizarse como lengua creadora de sentidos nuevos. La geografía se limitará a puntos de referencia mínimos. Los otros sujetos serán tan difusos como lo es el sujeto niño para sí mismo, que apenas conoce su nombre. Y en un paisaje de sujetos difusos, el dolor y la alegría serán emociones también difusas, más cercanas a las sensaciones de frío o calor que a emociones diferenciadas, ligadas con los afectos, con la vida en clave de civilización. Los objetos, salvo los de la pulsión, no existirán para la operación de reemplazos.

En esta situación, la herida narcisista no es una herida, es lo constituyente: en la piel lacerada de un yo que no se reconoce como tal, el sujeto será un SUJETO DESNUTRIDO.

Si el acto civilizador primordial no está -la mano que acaricia la cabeza del niño y lo nombra, convirtiéndolo en un ser *por sí mismo, en la historia*- y, lo que es peor aún, si no está garantizado por el Estado, difícilmente haya sujeto. Y esta es la deuda pendiente de poderes públicos que sustentan sus decisiones en equívocos.

El camino hacia las familias y los espacios sociales

Gracias a una fuerza vital que escapa a estructuras y determinismos, que es mucho más que una energía biológica desplegada, gracias a una dignidad que habita en la memoria a pesar de haber sido vivida a cuentagotas, muchas mujeres pobres invisten a sus hijos de nombres grandielocuentes: ellos serán Jhonatan Nataniel o Jessica Soledad o Christian Leonardo Ariel, aún cuando luego de este acto inicial sólo haya espasmos de relación estructurante.

En el nombre, hay un acto de reivindicación del sujeto que lo protege, como una cobertura oleosa y altamente cicatrizante, de todo lo que lo herirá después. La mujer materniza en este gesto desesperado cuando todo lo que la rodea atenta contra el acto de la filiación. Ella intuye su rol y lo juega, como puede, en el intersticio de lo gratuito, en el único acto de expresión de su voluntad que le permiten: dar el nombre.

Gracias a este soplo de vida, el sujeto podrá ser sujeto a pesar de todo. Se levantará una y otra vez del anonimato, su nombre le recordará todos los días que alguna vez fue alguien para alguien, su inconsciente guardará como un tesoro incalculable alguna caricia... y todo lo demás podrá reconstituirse.

Al encuentro de este sujeto desnutrido, pero investido de una voluntad filiatoria primordial, irán personas e instituciones “militantes” que se posicionan frente a la ley con un deseo irrefrenable de transformarla, de humanizarla, de hacerla protectora de todos. Al encuentro de este no-sujeto irán sujetos que con su mirada recorrerán lo incompleto, completándolo. Una canchita de fútbol y un entrenador con sueños de gloria, una Casa del Niño, una sociedad de fomento que convierte en un cumpleaños generalizado cada día del niño, pueden reconstituir lo lacerado.

Las organizaciones populares, las parroquias y los clubes barriales, han hecho por el Estado mucho más de lo que éste se imagina cuando “concede” algún subsidio. Lo han salvado de la desintegración, al parir los sujetos niños de un pueblo doliente.

Criterios de intervención pública

El Estado no puede resolver el tema del vínculo, pero sí puede generar la oportunidad para su construcción. El Estado debe garantizar los dispositivos que la propia comunidad genera, fortaleciendo canales de diálogo a través de Mesas locales (un concepto más amplio que el de Servicio Local)

Como criterio orientador, postulamos que a **mayor devinculación** (mayor vulnerabilidad) se deberán organizar **mejores vínculos**, en una *gradualidad* que se presenta en el siguiente esquema:

Vinculaciones estables en contextos de exclusión	Programas de inserción laboral, primer empleo, escuelas de líderes y educadores populares, alfabetización, alfabetización informática. También colaboran las propuestas del siguiente nivel.
Vinculaciones estables con problemas de inserción social	Casas del niño, programas deportivos, culturales, grupos de referencia, de autoayuda, centros de recuperación, de salud y de atención de adicciones, grupos scout, religiosos, escuela y centros educativos complementarios etc.
Problemas de vinculación intermedios	Unidades de desarrollo infantil (casas del niño, jardines maternos, mamás cuidadoras, escuelas de liderazgo juvenil, escuelas de ciudadanía, casas de la juventud)
Problemas de vinculación graves (muerte de padres, familias desintegradas, abandono)	Familias ampliadas (representantes legales, tutores, familia ampliada: tíos, abuelos hermanos) Familias sustitutas y/o guardadoras (padrinazgos y madrinazgos, pequeños hogares, programas alternativos) Adopción (siempre con resguardo identitario)